

Pedro J. Plaza (2023): *Matriz*, prólogo de Azucena López Cobo, Valparaíso Ediciones, Granada, 112 pp.

*Matriz* es el primer poemario publicado por el joven poeta malagueño Pedro J. Plaza González, obra que le ha valido el galardón, *ex aequo* con la argentina Katya Vázquez Schröder, de la octava edición del Premio Valparaíso de Poesía. Cuenta con una amplia experiencia en los ámbitos de la investigación, de la edición, de la traducción y de la docencia, pero es con esta obra cuando ha comenzado a ver la luz su propia trayectoria poética, en la que combina hábilmente el trasfondo de un profundo conocimiento de la tradición literaria con una voz personal y firme, que deja fluir con delicadeza y fuerza sanadora en los poemas que componen esta *Matriz*.

El dolor que envuelve la figura materna y el recuerdo lacerante y desgarrador que de esta presenta el autor son los ejes fundamentales que vertebran *Matriz*. Esta concepción terrible y desoladora de una madre ausente, de una madre «que ni supo ni pudo ser madre» (p. 70), está presente en la obra desde su mismo título, que permite una doble lectura. La primera acepción del término escogido, *matriz* como ‘útero’, es ya claramente reveladora, pues presenta el hogar de la criatura que, aun sin haber nacido, no lo siente como tal: «ese no ser en tu útero» (p. 42) en nueve meses «de confusión perdidos o denunciados o anhelados» (p. 43). La segunda, *matriz* como ‘entidad principal, generadora de otras’, es, asimismo, esencial para la trayectoria, tanto vital como poética, que recorre el sujeto lírico: «este libro es la matriz de lo que pasó, / de lo que pasa / de lo que está pasando: la matriz / de lo que pasará» (p. 16). Resulta necesario, por lo tanto, para el escritor volver a la infancia, a la *matriz* de todo lo ocurrido, como mecanismo de redención de la madre y de uno mismo: «no la salvo; pero la perdono y me redimo» (p. 47).

Así, los veinticuatro poemas que componen *Matriz* se disponen en cuatro secciones, una de tres poemas y cuatro de siete, conformando un camino angustioso, pero, al mismo tiempo, catártico, que el lector debe recorrer por las *sendas salvadoras* que crea Pedro J. Plaza en una suerte de analepsis repleta de referencias

intertextuales. De esta forma, los poemas, uno por cada año transcurrido, como si de un diario se tratase, se ordenan desde el presente hacia el pasado, desde 2019 hasta el año de nacimiento del autor, 1996. Esta organización particular y rigurosamente cuidada funciona a la perfección en *Matriz*, cuya historia va desentrañándose del revés, desde el adulto que ha escrito «el libro de la crudeza, de la maternidad / fallida en el desguace de la existencia» (p. 31) hasta el niño del que huye y crece, ese «frágil niño amurallado» (p. 84).

La poesía —y el acto mismo de crearla— es, como explicita repetidamente a lo largo de la obra —en numerosas ocasiones metapoética— la manera de avanzar y de perdonar, de redimirse a uno mismo y a la madre, esa madre que «no sabe qué es —en la ternura— una caricia», de la que reniega «hasta tres millones de veces» (p. 46). Esta es, precisamente, otra de las claves fundamentales de la visión de la figura materna que ofrece Plaza en *Matriz*, puesto que lleva a cabo una descripción compleja, poliédrica, que muestra a la madre desde diferentes prismas. De tal modo lo reflejan poemas como el XVIII, en el que la madre, «muerta aún en vida», es «un retoño apaleado» (p. 46), «un animal sucio / que me infectó, mortal, con la ponzoña / de soñar con suicidarme un día y otro día» (p. 47); sin embargo, también es motivo de compasión del yo poético: «mi desangelada madre / no sabe lo que es un beso de amor»; «me pregunto, en ocasiones, si nos quiere. / Me respondo, en ocasiones, que sí» (p. 46); «ahora reina en estos versos con que yo / no la salvo; pero la perdono y me redimo» (p. 47). Es una madre que no ha ejercido como tal, que ha dejado a su cachorro sin nada: «no hay leche, madre: nunca hubo, para tu lobezno, sustento en tus pezones» (p. 43); «tus brazos me expulsaron de tan falso vergel; porque fui siempre / el embrión perdido» (p. 51); que deja una única posibilidad para el hijo abandonado a su suerte: «madre, yo nunca quise nada de ti, por eso apostaté de mi fe y de tu nombre» (p. 51).

De igual manera, son especialmente significativas las referencias al hogar familiar, a aquellos «cuerpos que entre esas paredes de fieltro me amaron» (p. 89), como único punto de apoyo y de refugio para el niño que sufre en silencio: «canta en silencio cuánto dolor / ha exhumado mamá para ti» (p. 49). Estas alusiones presentan la cara más amable de la infancia: «aunque a menudo lo olvide, / mi infancia no fueron / únicamente / insultos, / golpes», «hubo / rastros de felicidad», «hubo abuelos / que me amaron» (p. 67). La figura de la abuela es, así, la protagonista del amor infantil y genuino que recibe el niño y el centro de las imágenes más luminosas del libro: «mi abuelita del alma querida, que sí fue madre, que sí me quiso; que será, / por siempre, la mujer que más me cuidara y amase; que es, al fin, una flor» (p. 70). No obstante, incluso el fallecimiento de la abuela aparece marcado por la mancha de la madre, que en esos momentos de tristeza le «ofreció, como prenda, una afilada traición en un tribunal», arrebatándole «los últimos momentos / junto a mi abuela» (p. 69). El niño que sufre, por consiguiente, se vuelca en el cuidado del hermano menor, en intentar suplir la carencia materna: «y ahí

estuve yo para cubrirlo de pastel y de presentes» (p. 74), tachando y quemando uno a uno los años de soledad que se suceden.

*Matriz* bucea, de esta manera, en la infancia del sujeto lírico, en los recuerdos turbios y dolorosos de un niño al que no lo dejaron ser niño: «a mí todo me lo robaste: la infancia a pedazos / y la adolescencia despedazada» (p. 89), un niño que tuvo que madurar tempranamente y «mudar la piel con cada cardenal candente» (p. 87). En lugar de refugiarse en los amorosos brazos de una madre presente y afectuosa, el yo poético que desnuda Pedro J. Plaza en *Matriz*, su *opera prima*, se ha encontrado con otra realidad muy distinta: «la mácula de mi madre se abre paso, todavía, negra y espesa / hasta mi bazo», «la infección de su ser se reproduce y se multiplica»; «me reconozco, por ella, sarpullido / en todas direcciones» (p. 90). Se trata, por ende, de un ejercicio de insoportable valentía, de memoria y de lucha contra ese pasado estancado que se trae a la superficie para sobrevivirlo a través del lenguaje y de la obra que se escribe: «este / libro es el ajuar de tu orfandad, es la casa vacía derribada a puñetazos» (p. 31); «ahora envuelve / mi piel este poema y en sus poros macerados brotan las metáforas / prohibidas» (p. 53); «callando va al niño interior / desubicado, que en versos sonllora lo que no supo expresar en despedida» (p. 64). Poetizarlo se erige, de esta forma, en acto de salvación, en vía de escape y de futuro, en un (re)nacimiento fuera ya del útero, de la matriz lacerante de una madre ausente.

Patricia Maite Díaz Arcos